

[] Pareja: DarkStony.
[] Tipo: Au.
[] Advertencia: Omegaverse.

Sinopsis:

Tienen prohibido cruzar el límite del Este, pero poco le interesa a Anthony Stark, pues ahí tiene la esperanza de formar un hogar.

¿MUNDO DE SALVAJES?

CAPÍTULO 1

«Todo ciudadano estadounidenses tiene prohibido ir o regresar de la zona oeste del país».

Esa era la ley que la mayoría que deseaba vivir en armonía y respeto debía aceptar.

No hubo problemas en acatarla, pues nadie quería lidiar con el libertinaje y terror del oeste. Menos, con su terrible gobernante. El Capitán Hydra era un alfa despiadado que con solo pronunciar su nombre causaba muchos escalofríos. Pero, también curiosidad. En especial, en el joven heredero de Stark. Aquel moreno de ojos cafés ansiaba conocer al hombre que humilló a su padre al quitarle el dominio de la mitad de su territorio. Mas, sus anhelos solo eran anhelos. Jamás podrían cumplirse. Primero, su padre lo entregaba a dominio de Los Doom que dejarlo decidir. Ya se encontraba cansado de no tener voz ni voto. Se suponía que los omegas ya tenían derechos. Pero, su padre le encantaba quitárselos, argumentando querer lo mejor para él. Y aquello no era más que una mentira.

Él nunca se interesó en su hijo.
A menos no frente cámaras.

Por lo que ahora no se encontraba enterado de que su próximo celo estaba cerca y que por tal ya podía ser marcado. Afortunadamente. No quería que su padre también decidiera quién sería su alfa. Así que antes de que el tiempo se le acabe, estaba dispuesto a irse. Poco le importaba si debía mudarse al único lugar en donde su vida corría riesgo. Prefería mil veces sufrir por su decisión que por la de su padre.

Tomando su mochila con fuerza, el joven heredero del Este salía de su habitación. No había nadie en los pasillos. Ni en las otras habitaciones. Para su suerte, todos estaban, en el edificio contiguo, organizando el festival de marzo. Conteniendo la respiración, Stark bajó las escaleras rápidamente. Cruzó el estacionamiento y se subió a su camioneta. Asegurándose de tener una buena cantidad de dinero, emprendió marcha hacia el límite. Al inicio, se hallaba emocionado, pero, conforme se alejaba de su casa, el miedo lo hacía suyo. Había escuchado tantas malas cosas que temía vivirlas. Lo más probable era que lo haría. Total, era un omega de veinticinco años que estaba por entrar en celo y sin marcar. Su apellido o el de su supuesto prometido no le serviría en nada.

Frente al límite, Tony apagó la camioneta y tomó su mochila. Estaba a metros de dejar su vida de lujos para pasar a ser un simple omega expuesto a miles de peligros. Sería un reto sobrevivir en ese lugar. ¿Podría demostrarle a todos que él sí puede? Solo con los días, lo sabría. Con las manos sudadas, el moreno empezó a cruzar. Inmediatamente, el ambiente cambió. Los aromas de alfas, betas y

omegas se mezclaban con el de licor, cigarrillo y drogas. Era demasiado fuerte para él. Tratando de no marearse, se detuvo en una esquina. La fuerte música le hizo alzar la vista. A dos pasos, se hallaba un club. Podía asegurar que era uno en donde el sexo y los tragos tenían precio. Quizás, le serviría para conocer a la gente.

O intentar hacerlo.

Carraspeando su garganta y cerrando su casaca, Tony se dirigió al club. Empujó las dos pequeñas puertas de madera y quedó asombrado. No había visto a tantas personas divirtiéndose libremente desde que su padre cumplió cincuenta años. Se notaba que era tan joven e inocente. Acercándose al bar, se sentó en una de las altas bancas. Un hombre rubio lo miró y pasó un vaso con vodka, diciendo que se trataba de cortesía. Stark se mostró desconfiado y negó. El otro aceptó sin más y luego se retiró. No sin antes dejar a otro en su puesto. ¿Acaso había hecho algo malo al negarse a beber? No se supone que aquí no hay reglas más que no meterse con el Capitán Hydra.

Asustado, Stark cogió su mochila de nuevo y se bajó de la silla. Pero, antes de que pudiera avanzar hacia la salida, dos enormes betas se interpusieron en su camino. Trató de esquivarlos, mas fue imposible. Por lo que no le quedó más que mostrarse enojado y confiado. A los instantes, ambos betas se separaron para darle pase a una alfa pelirroja.

Era muy bella.

Una verdadera tentación.

— ¿Qué hace aquí el hijo del gobernador del Este?

Tony se quedó helado.

No esperó que lo reconocieran.

— ¿Los ratones te comieron la lengua, cachorro?

—Hace cinco años que dejé de ser un cachorro. —alegó el moreno. —Ahora, las razones de mi estadía no son de tu incumbencia.

—Bien, cachorro. —la pelirroja avanzó peligrosamente. —Recuerda que no estás en tu mundo de idiotas y que aquí cualquiera puede esclavizarte si lo desea.

— ¿Entonces qué estás esperando? ¿A qué te ruegue que no lo hagas? Está más que claro que eso no serviría.

— ¡Eres divertido, cachorro! Pero, no te servirá para sobrevivir... Necesitas protección.

— ¿Cómo consigo protección? —la pelirroja arqueó una ceja. —Mi intención no es ser sometido luego de escapar de una esclavitud allá en mi mundo de idiotas.

—Debes trabajar para alguien muy poderoso. —la mujer le tomó el rostro. —Trabaja para mí.

— ¿De qué?

—De omega de compañía. —la pelirroja sonrió. —Ganarás muy bien.

—Primero, dime tu nombre.

—Natasha Romanoff.

—Bien, Natasha. —Tony tomó valentía. —Acepto el trabajo.

No lo había pensado tanto.

Era una decisión de supervivencia que más adelante se volvería en la mejor de todas.

CAPÍTULO 2

— ¿Logró atraparlos, Capitán?

Rogers levantó el saco marrón que cargaba para voltearlo y así tirar en la mesa de roble tres cabezas junto con sus extremidades.

—Responde a tu pregunta, Carter.

Sharon no fue capaz de formular palabra alguna. Odiaba siempre ser testigo de las crueles bromas de su futuro alfa. Por lo que se limitó a agachar la cabeza y acercarse a él. No podía mostrarle miedo, ni faltarle. Así que a pesar de que él se encontrara lleno de sangre, oliendo a otros omegas o a la pólvora, ella debía entregarse por completo. Su repulsión debía tragársela para poner una bella sonrisa. Y así se encontraba. Sacándole el escudo de la espalda supuestamente encantada, mientras el otro le relataba lo fácil que fue atrapar a los espías. Se burlaba de sus miedos, de sus súplicas y de su familia. No tenía escrúpulos. Temía mucho la llegada del día en el que sería marcada por él, pues desde ese momento sería netamente de su propiedad. Podía matarla a golpes, ser dada como

recompensa a sus hombres de confianza o vendida, sin que nadie lo juzgue o castigue. Pensar en su futuro la ponía muy torpe. Haciendo caer el escudo de Rogers, sintió como sus piernas temblaban, mientras el resto de su cuerpo se paralizaba.

Incluso, su corazón.

Steve se levantó y la tomó del brazo para luego negar. Era evidente que ella no podía ser su pareja de por vida. Una niña mimada de Los Carter sólo le resultaba un estorbo. Necesitaba de un omega que lo volviera loco, que cada vez que lo tenga al frente deseara hacerlo suyo sin descanso, que tuviese un coraje innato, que supiera lo que vale y que a su vez sepa usarlo. Era imposible encontrar uno así. Aquí solo había sumisos y títeres que para variar estaban a su disposición. Nada nuevo que probar. Soltándola y sonriéndole, Rogers le quitó su pañuelo para limpiarse el rostro lleno de sangre y luego arrojarlo. Sharon aterrorizada esperaba alguna orden o castigo. Pero, jamás llegó.

El Capitán ya se había cansado de ella por completo.

—Eres libre de nuestro compromiso, Carter. —habló sin mirarla. —Prefiero quedarme solo antes de tener a una omega tan inútil como tú.

—Discúlpeme, Capitán.

Tras ello, la rubia se fue corriendo bajo la mirada decepcionada del mayor. Otra candidata más que abandona el gran desafío y honor de ser su imagen.

Recogiendo su escudo, Rogers tomó rumbo hacia las afueras de su mansión sin corresponder saludos o halagos. Hoy se dedicaría a admirar lo que le pertenece y quizás acostarse con uno de los omegas de compañía de Romanoff. Aquello se vería dentro de unas horas. Con la mirada en alto y la cara seria, el gran Capitán Hydra avanzaba orgulloso. Las calles de su dominio eran de una belleza singular, la selva profunda se hacía presente en cada espacio entre las pequeñas casas y el atardecer teñía de rojo los suelos de piedra. Un paisaje digno de él. Sus ciudadanos agachaban la cabeza y uno que otro niño se atrevía a mirarlo admirado. Ese brillo siempre le robaba sonrisas. Y a cualquiera. A pesar de todo, era el ejemplo de astucia y fuerza. Por lo que tenía bien merecido su posición solitaria. Pero, poderosa. Frente al club de la pelirroja, Rogers se detuvo. Viendo a un hombre con cigarrillos, lo llamó. Éste le dio uno para seguido encenderlo. Botando el delicioso humo del cigarro, Steve le palmeó el hombro. Recostó su cabeza en la pared del club y con los ojos cerrados se dispuso a escuchar a su ciudad.

No era tan caótica como la suponían.

— ¡Hijo del perro que te parió! —gritó el rubio al ser pisado por un joven que al reconocerlo cayó al piso. Estaba muy asustado. Parecía que escapaba de algo o alguien. Igual no interesaba. Iba a recibir su castigo por interrumpir su tranquilidad.
— ¡De rodillas!

El joven beta obedeció.

Estaba seguro que era su fin, pero solo sintió la llegada de otro alfa. Con cuidado, alzó la vista y vio que el recién llegado le daba su cinturón al Capitán. Tragando saliva, el pequeño de doce años se preparaba para los azotes. Le dejaría nuevas marcas, sus antiguas cicatrices volverían a sangrar y él volvería a llorar.

Lo sabía bien.

— ¡Diez azotes por tu torpeza! ¡Vas a contarlos! ¿Oíste?

—Sí, señor.

Antes que el primer azote caiga en su espalda, el joven beta fue tomado de la mano y arrastrado hacia el otro extremo de la calle. Un omega lo había salvado. No podía creerlo. Temblando, trató de mirarlo, pero el omega tenía su cabeza cubierta por la capucha de su casaca. Hacía bien, pues si el Capitán lo descubría, entonces acabaría muerto.

—Vas a correr lo más rápido que puedes, ¿oíste?

—S-Sí.

— ¡Bien! ¡Ahora!

A pesar de los disparos de Hydra, el omega no se detuvo. Su salvador no parecía tenerle miedo. Tan solo le apretaba la mano y corría igual de rápido, evitando así los disparos de los hombres del temido Capitán. Pero, aun cuando lo evite ahora, no lo hará siempre.

Menos, cuando el Capitán percibió perfectamente el delicioso aroma a café del omega audaz.

CAPÍTULO 3

Ya era de noche.

Aquel formidable rubio y sus hombres ya no estaban más en las afueras del club de Romanoff. Un verdadero alivio. Podía regresar sin problema alguno. Y así lo iba haciendo. Sacándose la capucha y entrando por la puerta de atrás, el castaño veía a sus recientes compañeros caminar de un lado a otro. Estaban desesperados. Un par de ellos montarían un espectáculo, mientras él se encargaría de modelar la piel de un felino muerto como su inicio. Aquello le pareció repulsivo, pero no podía contradecir a la alfa. Ni a su mano derecha. Ellos decidían por todos, salvo los clientes. Ese era el único privilegio que tenía por el momento. Quizás, más adelante podría adquirir otras ventajas. Ya se vería. Ahora, debía enfocarse en mostrarse lo más atractivo posible y apetecible, pues hoy escogería a su primer cliente. Escuchó por la boca de Banner que el primero determinaba tu éxito. Así que esta noche era vital para su supervivencia. Con las manos sudadas, Tony se acercó a Loki. El pelinegro lo miró con desprecio y se alejó. ¿Acaso se veía tan mal? ¿O es que el joven beta que rescató le impregnó su olor? Era imposible que lo hiciera. Cansado, esta vez fue a Banner.

Él le sonrió e indicó que Romanoff lo estaba buscando por horas. No era nada bueno que la alfa de esta extraña manada lo hiciera. Conteniendo la respiración, el castaño se escabulló entre los camerinos para llegar hacia la oficina de la pelirroja. La puerta estaba semiabierta. No debía ver. Ni escuchar, pero su curiosidad siempre le resultaba más grande. Por lo que con sigilo se pegó a la pared y trató de descifrar la conversación entre Natasha y un castaño muy alto. Parecían discutir. El otro alfa golpeó la mesa realmente furioso, pero la pelirroja ni se inmutó. Tan solo encendió su cigarro y botó el humo en el rostro del contrario. Una verdadera ofensa. Achinando los ojos, el moreno intentaba ver más de cerca. Mas, los alfas se callaron y fijaron su atención en la puerta. Corrección, en él. Lo habían percibido. Estaba en serios problemas. Otra vez. Tragando saliva, Tony empujó la puerta y se presentó.

El castaño lo ignoró y regresó su vista a Romanoff.

—El Capitán vendrá a divertirse. —habló fuerte. —Prepara bien a tus omegas.

—Siempre lo están, Barnes.

El tal Barnes solo sonrió y salió, no sin antes empujarlo fuertemente.

Sin mostrarse fastidiado, Stark se reincorporó y esperó a que Natasha hablara. Aquello tardó. Primero, acabó su cigarrillo y bebió un vaso de vodka puro. Podía sentir su enfado. ¿Por él? ¿Lo volvieron a descubrir? Si era así y si también sus sospechas eran ciertas, entonces no le quedaba mucho tiempo para acabar muerto o vendido. Total, aquí el más fuerte sobrevive y se impone lo cual no aplicaba para él, pues aun cuando lo quisiese era demasiado débil para vencer en una pelea. Por el momento. Cruzando sus brazos, se atrevió avanzar hacia ella. Natasha río suave

y se giró para poner una mano en su pecho. ¿Lo mataría? Su ansiedad aumentaba exorbitantemente como su miedo. La alfa lo sintió y negó. Tony era un omega que tenía la habilidad para contradecirse. Podía mostrarse valiente y desafiante. Luego, sumiso.

A cualquiera podría fascinarle.
Sería muy entretenido domarlo.
Incluso, para ella.

— ¿Qué tanta experiencia tienes en este campo? —el moreno no supo qué responder. Por lo que sólo podía agachar la cabeza y mirar sus manos. —No seas tímido, cachorro.

—Es una pregunta muy atrevida. ¿No lo cree?

—Lo es, pero para alguien como nosotros no. Así que responde. —a pesar de la orden, Tony no pudo obedecer porque él jamás se encamó con nadie. Su padre lo tenía tan vigilado que no pasaba de besos o caricias con sus antiguas parejas. Howard sabía bien que cuánto más casto era, más valía. —No me digas que eres puro. ¿¡Lo eres!?

—He tenido muchos ojos encima. —trató de excusarse. —Pero, no importa... Yo daré mi...

— ¡Maldición! ¡La jodiste todo!

— ¡No! Yo estoy dispuesto a entregarme a quien me pague bien. —la pelirroja sonrió y negó. —Prometo que no habrá quejas.

— ¡Entiende, animal! ¡El primer alfa o beta que te tome será de por vida! ¿O es que acaso no has pensado que aquí todos tus compañeros han huido de sus nidos porque es la única forma de entregarse a varios en una noche?

—Yo...

—No me convienes, cachorro. —Stark aterrorizado le tomó la mano. —No pienso lidiar con el alfa o beta que hipnotices por darle tu castidad.

—Prometo que yo me haré cargo. Pero, no me botes. —Tony suspiró. —Quiero este trabajo.

— ¿Por qué?

—Porque prefiero mil veces ganar con mi débil, pero bien formado estatus que a ser aplastado y convertirme en un esclavo sin sombra que solamente pierde su dignidad y libertad.

Natasha apretó sus manos con una enorme sonrisa.

—Tu ambición te llevará lejos, cachorro. —Natasha lo soltó. —Ahora, ve a cambiarte qué hay un espectáculo en breve.

Sintiéndose pleno, Stark regresó a los camerinos. Al instante de llegar, dos de las mujeres de Romanoff lo empezaron a desvestir para luego pasarle unos calzoncillos rojos y un pantalón negro de cuero. El moreno los miró con desconfianza. Pero, la mujer de cabellera rubia le animó a colocárselo con su amabilidad. Una que lo reponía bastante después de imaginar su vida a partir de hoy. Antes de abotonarse el pantalón se dispuso a verse en el espejo. Efectivamente, le ayudaba muchísimo. Suspirando, se sentía agobiado. Nunca creyó que tendría que venderse por ganar un lugar para dormir y libertad. Al menos, una a medias. Fingiendo nuevamente una sonrisa, el castaño siguió al par de mujeres hacia la zona de maquillaje. Permitió que le echaran perfume y cremas en el pecho. También, una que otra base para iluminar su rostro.

Era extraño tanta atención para un fin tan perverso y sucio.

Sujetando la piel del felino en los hombros, Tony se encontraba listo para entrar en acción. Los nervios lo dejaron libre por unos instantes para contemplar todo a su alrededor. Las luces azules y rojas, los cuadros intactos, la alfombra negra y los aromas se imprimían en su cabeza. A la vez, todo se mezclaba en una perfecta y adictiva combinación. Muy pronto se acostumbraría. Ante la señal de Wilson, el moreno caminó hasta la puerta hecha de dos franelas rojas. Desde ahí podía ver a Bruce y a Loki. Se mostraban tan seguros y cautivadores. Esperaba mostrarse igual. Realmente, quería sobrevivir de la mejor manera.

— ¡Suerte, Stark!

Con la música sonando, Tony entró en escena. Sintió las miradas de alfas y betas en él. Consciente de ello, caminó de un lado a otro del escenario. Echaba guiños, daba giros y finalmente se agachaba para levantarse provocativamente. Los gritos de euforia y aplausos acompañaron la música. Había hecho una buena presentación. Natasha se lo confirmó con una sonrisa y alzada de su copa. Estaba contento. Por fin, hizo un buen trabajo. Colocándose al lado de Banner, esperó que una de las viudas de Romanoff entrara para dar fin al espectáculo.

— ¿Qué tal lo hice?

—Perf...

El sonido de un disparo calló a Banner.

La maldita bala impactó al alfa que se acercaba a Romanoff para solicitar a Stark. A los segundos, el cuerpo cayó al suelo totalmente ensangrentado. El moreno ni podía creerlo. Acaba de presenciar la muerte de un hombre. Sintiendo su corazón detenerse, Tony tomó aire. No debía ser tan evidente. Aquí nadie le sorprendería un asesinato. Así que tenía que tragar su miedo y sorpresa. Carraspeando su garganta, Stark alzó la cabeza y buscó al asesino. Se topó con el mismo rubio al que le impidió maltratar a un niño. Ahora sí estaba perdido. Si ese alfa lo reconocía, ni Natasha lo salvaría, pues por el terror que causaba en todos, intuyó que era Hydra.

El Capitán Hydra estaba al frente suyo.

—Nombre.

Tony lo miró sin responder.

—No lo repetiré. —esta vez, Rogers usó su voz de alfa. — ¡Habla ahora!

—Anthony Stark. —contestó al instante. —Anthony Edward Stark.

Rogers sonrió encantado.

No solo tenía al frente al omega travieso que lo desafió, sino al hijo de su rival. Este día no podía ser más perfecto. ¡Pero, claro que sí podía! Estrenarlo sería más satisfactorio que tenerlo de reliquia.

Y eso haría.

—Desde ahora nadie puede tocarlo ni desearlo porque es mío. —gritó Rogers, mirando a Stark. —Solamente mío.

CAPÍTULO 4

—Si me encamo con el Capitán, ya no podré trabajar para ti. ¿Verdad?

—Pensaba asesinar al alfa o beta que se acostara contigo primero para así ayudarte, pero claramente no podré. —Romanoff tomó asiento en su sillón rojo. — Así que estás en lo correcto... No trabajarás para mí.

El castaño estaba furioso.

Si escapó de una vida tan acomodada fue porque buscaba un espacio en donde él haría o desharía de su vida a su antojo. Pero, hasta el momento parecía haber fracasado.

— ¡No voy a pertenecerle a ningún alfa! —gritó Stark. — ¡No así!

— ¿Y qué piensas hacer para evitarlo? ¿Desafiar a Hydra y acostarte con cualquiera? —Natasha lo miró preocupada. —Te asesinará si lo haces.

—Prefiero mil veces pagar por mis decisiones que por las de otros. ¿O por qué crees que estoy aquí? —la pelirroja se quedó callada impresionada. — ¡Rogers no será mi primer alfa!

Antes de que la otra pudiera persuadirlo, Stark salió de su casa sin rumbo. No quería seguir soportando las miradas de envidia de los otros omegas y la de compasión de Banner. Suficiente tuvo con la noche anterior. Todos se la pasaron hablando lo afortunado y desdichado que era por tener la atención de Hydra en él, mientras moría por la incertidumbre. Ni siquiera pudo dormir por estar pensando en su futuro. ¿Qué sería de él? No podía huir. Nadie aceptaría en su territorio a uno del Oeste. A excepción de Los Doom. Ellos refugiaban a cualquiera como engaño para cubrir la llegada de drogas. Drogas que distribuían por el resto del mundo a precio enorme, comparado al de Hydra. O eso sabía gracias a curiosear por detrás la oficina de Howard. Pero, aun contando con ese secreto, ir con ellos, implicaría enlazarse con su heredero lo cual no deseaba. Prefería mil veces unirse con un pobre diablo que darle al gusto a su padre indirectamente. Deteniéndose en mitad de la calle, el moreno se dio cuenta de lo acorralado que se encontraba.

Frustrado, Tony se apoyó en la pared roja de una casa. La gente pasaba, lo miraba y se murmuraban en el oído. Seguramente, lo habían reconocido. Total, su padre se encargó de hacer público su abandono. ¿Qué esperaba lograr? ¿Que volviera para ser un juguete más a su beneficio? A veces, Howard demostraba muchísimo lo poco que lo conocía. Al igual que su madre, pues si realmente lo querían de regreso, debían darse cuenta de las razones por las cuales los dejó. Pero, aquello jamás sucedería. Estaba solo y perdido en un territorio donde el más fuerte se impone y humilla al resto. Y para variar él integraba al resto, solo que tenía una opción a tomar si quería sobrevivir: acostarse con Hydra. Necesitaba pensar en algo que lo reconforte. Cerrando los ojos, el moreno se imaginó una casa cerca a la playa. Ahí podría crear sus inventos, mejorar sus autos, disfrutar de un buen café acompañado de sus donas y dormir sin preocupaciones. Si tan solo no se hubiese topado con Hydra, estaría seguro de que tendría esa casa muy pronto. Suspirando, volvió a abrir los ojos. Miró a su alrededor. El atardecer estaba por caer, las luces de algunos bares contiguos se encendían y uno que otro beta corría a resguardarse en

su casa. ¿Por qué lo hacían? Intuyendo la respuesta, comenzó a caminar rápidamente.

No quería encontrarse con Hydra.

A centímetros de cruzar el umbral que lo llevaría a la jungla, fue detenido por un agarre fuerte en la cintura.

— ¿A dónde crees que vas? —la voz ronca del alfa le hizo temblar. Era demasiado fuerte su aroma. Parecía que entraría en celo muy pronto. Lo más sensato era suponer que estaba aquí por él para que lo acompañara a su celo. Aquello sería su sentencia definitiva. — ¡Te hice una maldita pregunta!

—Ese no es su problema. —respondió seguro para luego voltearse. Los ojos rojos del rubio lo hipnotizaron por varios segundos. Apostaba que esos ojos habían sido lo último que muchos vieron antes de morir. — ¡Ahora suélteme!

Ignorando la orden de Tony, Rogers lo apegó más a su cuerpo.

—Métete a la casa de Romanoff y recoge tus cosas que nos vamos ahora mismo.

— ¿Con qué derecho usted me ordena? ¿Acaso se cree mi dueño?

—Soy tu dueño. —Steve contestó cerca del cuello del moreno. —Y antes de que un ingenio me desafíe y se me quiera adelantar, te llevaré a la casa en donde pasarás tus últimos días portando mi marca y criando a mis cachorros.

—Deje las ilusiones, Capitán. —desafió Stark. —Yo no portaré su marca. Ni criaré a sus cachorros. ¿Sabe por qué? ¡Porque vine aquí a ser libre y cumplir sus deseos no están en mis planes!

— ¿No lo están? —interrogó, mientras doblaba el brazo izquierdo del castaño. Mordiendo los labios, Stark soportó el dolor. No iba a mostrarse débil. No a la primera. — ¡Bien! Entonces será un placer meterlos por las malas porque aquí todos me complacen. O de lo contrario, se mueren.

— ¿Qué espera, Capitán? ¡Máteme de una vez por todas!

—Te mataré, omega insolente. —le dedicó una sonrisa perversa. —Pero, de una forma tan placentera que no harás más que gritar mi nombre y suplicarme que me hunda en ti, mientras yo disfruto de verte rogar debajo de mí.

—Ni en sus sueños más estúpidos sucederá.

—Sucederá esta noche y las que siguen hasta el fin de tu vida. —besándolo a la fuerza, le dejaba en claro que no bromeaba. —Te lo juro.

Aquel juramento sepultó Stark.
Pero, extrañamente hizo renacer a Rogers.

CAPÍTULO 5

Tony suspiró cansado.

Llevaba más de tres semanas en la enorme mansión de Hydra. Corrección, en su cárcel con lujos. Era muy parecida en la que fue criado. Tenía grandes habitaciones, un hermoso jardín, bellas pinturas y un personal muy atento. Pero, a diferencia al de su padre, aquí no era llamado por su nombre, sino por el apellido de Rogers. ¿Cómo podía ganarse un lugar por sí solo? Si ya era conocido como “Anthony de Rogers”. Le temían y respetaban, pero no por su mérito, sino por el de Hydra. Comenzaba a creer que el destino le tenía preparado ser la sombra de un alfa poderoso. Nada más, pues primero era el hijo de uno. Ahora, el omega de otro. No tenía oportunidad para probarse. Quizás, debía aceptarlo. Sin embargo, su inconformidad siempre era mayor.

No lo dejaba en paz.
Tampoco, lo dejaría.
Necesitaba demostrarle al mundo quien era. Pero, todavía no sabía cómo.

Bajando las escaleras, el castaño llegó hacia el salón. Los invitados de Hydra ya habían llegado. Después de acabar con una mafia que se robaba omegas de su dominio, Rogers se encontraba listo para presentar a sus aliados a su omega. Por lo que en menos de tres días armó esta ostentosa celebración. No le cabía tanto orgullo en el pecho. Uno a uno de sus socios lo felicitaban. Total, no solo le había quitado mitad de territorio a Howard Stark, sino a su hijo. Parecía que la desdicha de su padre era la alegría de los presentes. ¿Tanto odio le tenían? Tomando su copa de champán con fuerza, Stark dio su primer sorbo. Iba a requerir de mucho licor para soportar tanta hipocresía. Estaba seguro que le sería sencillo fingir. De todos modos, lo iba haciendo desde que tenía uso de razón. Así que poniendo la mejor de sus sonrisas, se iba acercando a Rogers. Pero, al notar la presencia de Romanoff, cambió de dirección.

La pelirroja le vio directamente el cuello y soltó un silbido asombrada.

— ¿Aún no te ha marcado?

—Está esperando que nuestros celos sincronicen. —respondió sin emoción. — Parece muy seguro de que me marcará. ¿Verdad?

— ¿Acaso alguien se lo impedirá? —Natasha lo miró fijamente. — ¿Te encuentras bien?

—Si realmente esto va a ser mi futuro, prefiero ponerle fin. —la alfa se quedó anonada. —Se supone que salí de mi casa para ser libre. ¿Y qué es lo que obtengo? ¡Otra maldita prisión!

—Quizás, estás siendo muy dramático. —el castaño frunció el ceño. —Espera... Lo eres, cachorro, porque no ves la enorme ventaja que ahora tienes.

—Explícate.

—Con Rogers como tu alfa, gozas de una increíble gama de herramientas para hacer y deshacer lo que quieras. —la pelirroja sonrió perversamente. — ¿No te das cuenta acaso? Tienes al temido Hydra loco por ti.

—Solo hasta que me marque.

—Encárgate entonces de enloquecerlo completo. —le palmeó la espalda. — Recuerda que tienes tiempo hasta que sus celos sincronicen, cachorro... ¡Tú puedes!

Stark, con un beso en la mejilla, le agradeció la charla.

A medida que se acercaba a Rogers, pensaba en lo dicho por Romanoff. Había sido tan ciego y estúpido que ahora sentía que estaba en deuda con Natasha. Ella tenía razón. Ese alfa poderoso moría por hacerlo suyo, por escucharlo decir que era su omega y por el que portara su marca. Así que debía dejar de lamentarse. Si el destino le daba un glorioso alfa en su vida, ya no sería para ser la sombra de él. No. Iba a luchar para que sea al revés. O para que el que mande sea él. Estaba seguro de que podría revertir la situación. Contaba con el poder para lograrlo. Ahora, su cuerpo era la mayor fuente de ese poder. Muy pronto serían sus creaciones e ingenio. Tan solo tenía que comenzar a actuar ya que los días le jugaban en contra. Definitivamente, había desperdiciado tanto tiempo. Ya no más. Decidido, el castaño se colocó al lado de Rogers. Éste, al instante, le tomó de la cintura fuertemente. Le demostraba a sus socios que no mentía. Y no lo hacía. Stark se iba a encargar de que todos cuenten con la seguridad de que era él omega de Hydra. Por lo que, apoyando su cabeza en su hombro, escuchaba atentamente su conversación, mientras los aliados de Hydra disimulaban muy bien su incredulidad.

Ver al hijo de Howard comentar las hazañas de Rogers, mostrarse feliz de ser besado sin descaro por el rubio y reírse con las bromas hacia las derrotas de su padre era difícil de creer. Incluso, Hydra empezaba a sospechar por el comportamiento de Stark. Así que, inventando excusas, lo llevó hasta el centro del salón. Con una canción lenta sonando, Rogers sujetaba con una mano la cintura de Tony y con la otra, su mano.

— ¿Qué pretendes, Stark? ¿Escaparte? Porque si es así, de aquí solo sales en un ataúd y en trozos.

El castaño rio.

— ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. —respondió, mirándolo a los ojos. — ¿No querías que me mostrara como un omega ejemplar?

—Así que estás fingiendo. —Rogers habló sonriendo. Se hallaba divertido por la situación, pero también decepcionado. Lo imaginaba. —Haces un buen trabajo.

—No estoy fingiendo. —Rogers arqueó una ceja desconfiado. —Estoy haciendo esto porque realmente me nace hacerlo.

— ¿Por qué?

—Me cansé del papel de omega llorón. —Steve rio. —Hay que reconocer que no me siento bien. Menos, entre tantos aliados dispuesto a destruirte y lujos que disfruto.

—Solo te diré una cosa. —el alfa se detuvo para tomarle el rostro. —Si estás jugando conmigo, te costará muy caro, Stark... No desees verme lleno de odio.

—Lo que deseo ahora es ganarme tu confianza. —Tony se sinceró. —Para cuando la tenga conservarla con mucha lealtad.

—Tenerla te costará toda una vida.

— ¿Acaso no vamos a permanecer juntos toda una vida? —el castaño se acercó más al rostro de Hydra. —Quiero ser tu omega, Rogers.

—Dame una razón para creerte de verdad.

—Soy muy ambicioso y en ti he visto todos mis anhelos cumplidos.

— ¿Entonces tendremos una relación de interés? —Tony asintió, mientras que Rogers sonrió. No le sorprendía. De todas formas, eso era la que buscaba. Pero, no se la pondría fácil. Debía cobrarse todos los desplantes de estas semanas. — ¿Qué te hace pensar que aceptaré?

—Estoy dispuesto a entregarme a cuerpo y alma, Rogers. —susurró despacio para luego relamerse los labios. Acto que encendió al rubio. — ¿Por qué? Porque quiero ser la persona que te dé la gloria completa en este mundo de salvajes.

— ¿Será una gloria que ambos compartiremos?

—Solo si tú quieres, Capitán.

Rogers, sin pensarlo, lo besó demandante.

Tony lo aceptó y continuó encantado.

Los espectadores los miraban impresionados y asustados por miedo a que un terrible pacto se haya concretado.

Y así era.

—Quiero, Stark.

Tony lo volvió a besar feliz.

Tenía el control, pero a la vez no.

Era perfecto.

Igual que su futuro prometedor al lado de su alfa: el Capitán Hydra.

EXTRA 1

La noche, que por mucho desearon, había llegado.

Tony ya se encontraba en la habitación. Se hallaba cubierto únicamente por una fina bata de seda roja y unos calzoncillos negros. El calor que le carcomía no le permitía vestirse decentemente. Tampoco, lo quería. Hoy era el día que soñó desde esa fiesta. Por lo que se estaba esforzando por controlarse. No quería mostrarse como un omega necesitado, sino como uno que puede controlar los efectos de su propio celo y a su alfa. Así que, aguardando la llegada de Rogers, se decidió a servirse una copa de whisky. El peculiar sabor entre amargo y dulce le ayudaba a calmar sus nervios. Justo lo que requería. Bebiendo su primero sorbo, miró las puertas del balcón. Estaban cerradas. Ahora, entendía bien la razón por la que sudaba más de lo usual. Acercándose con el vaso en la mano, se dispuso a

empujarlas. Al instante, la fresca brisa le erizó los bellos de las manos y piernas. Ese suave roce le robó un jadeo que tuvo que callar con otro sorbo. Realmente, quería soportar esa innata necesidad de un alfa, pero desde que se encamó con Hydra le era imposible. El sexo entre ellos se volvió adictivo. Tanto que no podían estar lejos ni siquiera un día. Incluso, acompañaba al rubio a sus misiones, combatía con él, destrozaba sus enemigos y lo hacían al frente de esos pobres cadáveres. Eran esclavos de su lujuria. Y por mucho, reconocían lo indispensable que eran para el otro. Aquello era peligroso, pero jodidamente excitante, pues si ahora él estaba sufriendo por su alfa, también el otro lo hacía y con creces. Un disparo en la planta baja le dio la razón. Su alfa había despertado. Sonriente, Stark volvió a beber, pero esta vez mirando al cielo.

No lo vería por varios días.

Dejando el vaso en el suelo, percibió el fuerte olor de su alfa. En silencio, se acercó al umbral del balcón. Lo vio lleno de deseo. Esos ojos rojos dilatados y los puños ensangrentados lo delataban. Esa imagen tan intimidante era lo que necesitaba para perder la cordura por completo. Travieso, el castaño se abrió la bata. Inmediatamente, el rubio relamió sus labios. El bello cuerpo de su moreno siempre lo encendía como su delicioso aroma. Y lo sabía bien Stark. Por lo que caminando lentamente, disfrutaba contemplar cómo las venas de los brazos de su alfa se remarcaban y su miembro se hacía presente. Lo deseaba igual que él. Siempre se desearon. Por eso, Tony no pudo acostarse con sus antiguas parejas y Rogers no pudo marcar a nadie. Sus cuerpos se estaban guardando para este día. Compartir el celo al mismo tiempo iba a traer varias rondas de placer que ambos ansiaban iniciar cuanto antes. Así que teniendo a Stark a dos centímetros, Rogers lo tomó de la cintura. Tony puso sus manos en el pecho descubierto del rubio y alzó su rostro. Chocó miradas con su alfa. Éste sonrió y con la mano izquierda acarició sus mejillas. Por momentos era dulce y por otros, un verdadero salvaje. Lo amaba. Poniéndose de puntitas, Stark le devolvió la sonrisa y besó su mentón.

— ¿Hoy me vas a tomar, alfa?

—Te hice un juramento, ¿verdad? —Tony asintió. —Entonces sabes que te cogeré tan duro que no podrás levantarte ni hablar sin recordarme primero.

—Es lo único que quiero, alfa. —susurró, mientras sus manos subían y bajaban por el pecho del rubio. —Quiero que me coja como usted solo sabe.

— ¿Solo yo?

—Solo usted, alfa.

— ¿Por qué solo soy yo?

—Porque le pertenezco, alfa. —Tony sonrió perverso. —Y usted a mí.

—Por supuesto que te pertenezco. —volteándolo, lo acorraló contra la pared contigua. —Y tú a mí. ¡Soy tu dueño! ¡El único que puede hacerte suyo hasta el cansancio! ¡Entiéndelo bien! —el moreno asintió sonriente. —Ahora, reclamaré lo que es mío.

Antes de que el castaño pudiese responderle, Rogers ya lo estaba besando. Lo hacía con la misma intensidad que lo consumía. Una muy poderosa. Tan poderosa que le cortaba la respiración a Tony. Pero, el moreno incapaz de detenerlo, no hacía más que entrelazar sus manos en el cuello del alfa, mientras el otro sujetaba sus caderas y lo apegaba más. Sentir la fricción entre los dos miembros le hacían temblar las piernas. Era demasiado el placer. Deshaciendo el agarre a su alfa, Stark se apoyó en la pared y colocó sus manos arriba. Dejó total libertad a Rogers para empezar a quitarle la bata en lo que se dedicaba a besar su cuello. Le lamía y chupaba cada milímetro. Su alfa lo hacía tan bien que una de sus manos tuvo que parar a su boca para contenerse. Mas, Hydra se lo impidió. Éste lo cargó y llevó hacia la cama. Lo tiró y sonrió enormemente.

Ese hermoso omega era suyo.
Solo suyo.

Bajándose los pantalones negros, Rogers observaba cómo su omega se tocaba. Estaba tan ansioso por ser tomado por él. Ya lo haría. Echándose encima del cuerpo del castaño, volvió a besarlo. Cortos, pero intensos, mientras sus manos recorrían el pecho de su castaño. Tan suave y tan delicioso. Su aroma lo enloquecía. Dándole otro beso, el rubio se agachó. Lamiéndolo desde el cuello hasta el pecho, se detuvo en la altura de los pezones. Los miro lujurioso. Estaban rosados y dilatados. De seguro la entrada de su Tony se encontraba así. Palpitando por él. Continuándolo lamiéndolo, empezó a rodear el pezón izquierdo. Daba vueltas y vueltas. Stark se mordió los labios y cerró los ojos. No podía con su alfa. Sabía dónde besar, rozar y lamer a la perfección. Estaba destinado para él. Aferrándose a las sábanas, soportaba la mordida de su alfa a su pezón izquierdo. Éste lentamente lo estiraba, mientras con su otra mano pellizcaba al derecho. Soltando jadeos, Tony movía la cabeza a un lado a otro, mientras Rogers recorría esta vez el espacio entre los dos pezones para llegar hacia el derecho. El izquierdo se encontraba más rojo y erecto. Había hecho su trabajo. Ahora, faltaba el otro. Orgulloso de las muecas de su omega, Steve atrapó el pezón derecho. Lo besó y lamió por eternos segundos. Hasta que un gemido de Stark le animó a morderlo. Lo jalaba despacio para luego soltarlo y volver a chuparlo. Esa era su rutina por más de cinco veces hasta que Tony le suplicó parar. Éste se detuvo unos segundos para seguir. Stark sollozó y

comenzó a correrse. Rogers continuaba chupando su pezón, mientras lo embestía levemente. Aquello desarmó por completo al genio quien maldiciendo se rindió.

— ¡Joder!

La voz ronca de su omega le hizo alzarse un poco. Lo contempló. Estaba sudado, con la espalda arqueada, las manos pegadas a la cama y los calzoncillos manchados. Se había corrido sin su permiso. Una desgracia que atendería ahora mismo. Besándolo, Rogers dirigió sus manos hacia el vientre de Tony. A los segundos, Stark paró con los besos. Miró a Steve quien con una sonrisa burlona volvió a besarlo para lentamente meter su mano debajo de los calzoncillos de su castaño. Stark jadeó a mitad de los besos al sentir cómo la mano de su alfa iba bajando más y más hasta llegar a su miembro. Lo apretó fuerte. Tony gimió en el oído de Hydra, causando así que el rubio le robara otro beso para luego deslizarse hasta su entrepierna. Dejando un beso en el vientre de su omega, Rogers le bajaba los calzoncillos. Estos ya en el piso le permitieron darle la mejor de las atenciones a su genio. Tomando el tronco del miembro de su omega, lo chupó hasta el hondo. Tres veces. Luego, lo lamió de arriba hacia abajo para volver a chuparlo hasta lo más hondo. Tony se alzaba para mirarlo y de ahí se echaba complacido. A cada segundo, su cuerpo se entregaba por completo. Es más, ya no era suyo, sino de Hydra, pues con cada roce y caricia se rendía a él. Así que sintiendo cómo su alfa mordía levemente sus testículos y luego los lamía para seguido irse al tronco y llegar hasta la punta, iba entrando al clímax. Cerró los ojos otra vez y susurró un sinfín de maldiciones que Hydra no escuchó. Estaba muy orgulloso. Su omega ya iba corriéndose dos veces gracias a sus habilidades. Le tocaba a él devolverle el placer. Por lo que soltó el miembro de su omega y besó su vientre. Ese en donde muy pronto estarían sus cachorros. Seguido, lo besó a él. Y entre besos, Tony intuía lo que buscaba su amado alfa.

—Es mi turno, alfa.

Ahora, quien se echó fue Rogers. Tony se levantó y le bajó los calzoncillos a su alfa. Se mostró muy sorprendido. El miembro de su alfa se hallaba más que erecto y muy grueso. Un hambre voraz de tenerlo dentro de sí le llegó. Debía ser paciente. Sonriendo, miró a Rogers. Tenía una sonrisa tan soberbia que deseaba golpearlo. Sería a la próxima. Agachándose, tomó el miembro de su alfa y comenzó a lamerlo. De la misma forma que le enseñó. Primero, la punta. De ahí todo el tronco para luego chuparlo hasta el fondo. Le hizo arcadas lo cual hizo que el rubio cerrara sus ojos complacido. Su omega lo hacía muy bien. Después de que Stark lo lamiera de arriba hacia abajo por más de tres veces, Rogers le palmeó el sitio a su lado. Tony entendió lo que quería. Echándose a su lado y boca abajo, Stark cumplía el capricho de su alfa, mientras seguía atendiéndolo. Arriba hacia abajo, Tony pasaba su lengua en el tronco del miembro de su alfa, en lo que el otro apretaba su nalga derecha.

Muy fuerte. Tanto que le hizo jadear avergonzado. Más, con la nalgada que le dio. Sonrojado, el castaño continuó hasta que sintió el dedo de su alfa introducirse en su dilatada entraña. Fue lento, pero doloroso y placentero. Iba a maldecirlo. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, el dedo de su alfa ya estaba en el hondo. Dando vueltas y explorando lo más posible, mientras el genio continuaba chupando el miembro de Hydra. Era mucho placer y espera para ambos. Se necesitaban ya. Así lo sentía Rogers quien se levantó y lo interrumpió. Le tomó del rostro y besó. Tony correspondió al instante.

También, lo quería ya dentro.
Su cuerpo le ardía por tanta espera.

— ¿Ya me va a joder, alfa? —interrogó a mitad de los besos. —Por favor, hágalo ya.

—Como quiera, mi omega.

Separándose, Steve se volvió echar en dirección a las almohadas. Tony, de cuclillas, se puso encima de él. Por lo que tomando el miembro de su alfa se iba embistiendo lentamente. Una vez al fondo, Rogers era quien lo penetraba. Al inicio, despacio, pero siendo testigo que tan lujuriosas muecas que le hacía su omega fue aumentando la velocidad. Le sujetó de la cadera y lo penetraba duro. Muy duro. Tony cerraba los ojos y gritaba su nombre. A cada segundo más fuerte que el anterior. Los muslos de Rogers y las nalgas de Stark producían aplausos sonoros que acompañaban las maldiciones de Tony y las sonrisas de Steve. Era jodidamente perfecto mirarlo maldecir, gritar su nombre y pedirle más. Mucho más. Se sentía pleno y lleno en Stark que jamás se cansaría de hacerlo suyo. Jamás. Tenerlo sudado, sonrojado y gritando era la gloria. La misma que le prometió meses atrás. Embistiéndolo hasta lo más hondo, Rogers consiguió que el castaño se detuviera y se colocara de rodillas para poder poner su mano en el pecho de su alfa y sostenerse. No podía con tanto. Steve sonriente le guiñó. Se mostraba ganador. No le iba a dar del todo su gusto. Con él hasta lo más hondo, Tony se movió delante hacia atrás. Lo hacía excelente. No paró hasta que recuperó fuerzas y volvió a levantarse de cuclillas. Tal acto provocó más a Rogers. Así que lo iba embistiendo más duro y rápido que Tony sentía sus piernas temblarle. Estaba lleno. La semilla de su alfa se esparcía dentro de él y estaba por formar el nudo, pero no lo resistiría. No en esa posición. Inclinando su pecho hacia del otro, Tony besó a Rogers.

—Por favor, alfa, anúdeme ya.

Echándose de costado, Tony se preparaba para recibir verdaderamente a su alfa. Rogers hizo lo mismo, solo que pegándose al cuerpo de su omega. Le acariciaba de arriba hacia abajo, mientras le besaba. Esos besos se volvían una tortura, pues

sus cuerpos quería ya volverse en uno. Así que colocando su brazo derecho debajo del cuello de su omega, Rogers estaba listo para volver a introducirse en su Tony. Por lo que dándole un último beso, lo penetró sin avisar. Stark chilló pleno. Eso era lo que su cuerpo quería. Ser embestido por su alfa. ¡Sí! Su pequeño, pero bien trabajado cuerpo le reclamaba. Rogers obedecía complacido a esos reclamos. ¡Oh, sí! Penetraba a su omega lento, pero hasta el hondo, gozando de cómo esa dulce inocencia que llevaba el rostro de su castaño se transformaba en la imagen idónea para la lujuria. ¡Cielos, sí! Ver esos dulces labios ser mordidos, esos tiernos ojos cerrarse y esos sonrojos le animaban a seguir. Igual de duro. No. Más duro y rápido esta vez. El cuerpo de su pequeño Tony estaba temblando, su garganta se raspaba más por el deseo y su miembro goteaba, mientras él lo embestía más y más. Salía y entraba hasta el fondo cada vez más duro. Tony no podía más. Su corazón le latía rápido, su cabeza daba vueltas y se mostraba incapaz de abrir los ojos y dejar de gemir como Rogers de parar. Era imposible. Joder a su omega era su mayor adicción. Por lo que no pensaba parar. Mas, el nudo recién formado le obligó a detenerse. Tony sollozó contento de al fin ser anudado por su alfa, mientras Rogers jadeaba orgulloso. Tanto tiempo esperando este momento que ambos no se lo creían. Tony, aún con los ojos cerrados, se aferraba a su almohada y Rogers se acercaba peligrosamente a él. Sus colmillos le picaban y exigían morder a Tony. Así que lo haría. Lamiendo la zona en donde podría su marca, Rogers miró de reojo a su castaño. Estaba impaciente. No asustado ni preocupado. Contaba con su aprobación. Era un hecho. Sin consultarle ni avisarle, lo mordió.

El cuello de Stark sangró.

La semilla de Rogers se introdujo una vez más en Tony, dejando así la marca que cargaría hasta el fin de sus días.

Por todas las leyes, Tony era suyo y viceversa.

—Eres mío.

—Soy eternamente suyo, Capitán. —Stark adolorido giró su cabeza. —Y usted es mío.

—Lo soy y seré hasta mi muerte.

—Te amo.

—También, te amo. —colocando su mano en el vientre de Tony, Rogers suspiró encantado. —Y amaré a los que vienen.

— ¿Me lo jura?

—Te lo juro.

EXTRA 2

Tony suspiró encantado.

El paisaje que se postraba frente a sus ojos era perfecto. El azul del cielo se camuflaba con el azul del mar, los rayos del sol se enterraban en la fina arena, las enormes nubes parecían ser de algodón y alcanzables, las grandes palmeras resultaban ser las escaleras al paraíso y la fresca brisa, la invitación. Nunca imaginó que hallaría paz en la costa del Oeste. O, quizás sí. Su obstinada ambición de ser libre le orilló a tener este momento, a este lugar y a esta familia. Su hermosa familia y su adorado hogar. Después de años, se sentía completo. Muy completo y agradecido. Tenía a su alfa e hijos. Hijos que amaba con el alma. Tomando su vaso con jugo de naranja, divisó a su pequeño Peter corriendo junto con Harley. Estaban tan felices divirtiéndose que su corazón se le derritió con tanta ternura. Sus cachorros eran su debilidad. Todo el mundo lo sabía, llegando incluso poner celoso a Rogers. Su Rogers. El alfa que ponía a todos de rodillas, pero que se ponía de rodilla ante él. Girando levemente su cabeza, lo vio echado y durmiendo. Se mostraba tan tranquilo que nadie imaginaría que hace dos noches destruyó toda una embarcación enemiga sin titubear, calcinando a miles y decapitando a los insolentes. Con una sonrisa, mostró su orgullo.

Lo estaba.

Su esposo e hijos eran su mayor orgullo.

Al intentar levantarse, se alzó el amplio polo negro que alguna vez fue de Rogers, dejando a la vista su abultado vientre. Llevaba cuatros meses, pero parecía estar por el sexto. Sus mellizos iban a ser fuertes y grandes como su padre. No tenía la menor duda. Cada uno de sus cachorros sacaba la valentía y fuerza de Rogers como la astucia de él. El futuro del Oeste estaba a salvo con ellos. Bajándose el polo, terminó por reincorporarse. La ardiente arena le hizo ponerse de puntitas. Realmente, ardía. Pero, conforme avanzaba hacia el mar y sus hijos, se acostumbraba. Ya no había más ardor, solo la fuerte brisa despeinando sus cabellos y haciendo ondear su enorme polo. Le agradaba la sensación que lo rodeaba. Tanto el aroma de su alfa y de sus cachorros se desplegaban por toda la costa, ofreciéndole una enorme seguridad y calma, mientras que el mar le regalaba la nostalgia de los días que pasaba con su madre en la playa. Si María estuviera con él a su lado, se sentiría el doble de orgullosa. Mirando al cielo, Tony sonrió. Gracias a ella estaba ahí. Su fuerza le mantuvo y sus enseñanzas le dio la oportunidad de cerrar bocas. Muchas bocas. Si llegaba a tener una hija, se llamaría igual que su madre. Estaba decidido como también de llamar a otro con el nombre de Sarah. La mujer que le dio la vida a su Capitán Hydra. Pensando en él, volteó su cabeza,

lograban ver su silueta aún en la silla. Tenía el sueño muy pesado. Riendo, se acercó a sus hijos. Estaban construyendo un castillo de arena.

Los ayudaría.

O, trataría.

Sentándose con cuidado, se colocó en medio de los dos para seguido tomar una cubeta junto con la pala.

—Te estamos construyendo un castillo, papá. —habló su Peter de 8 años. —Nadie te podrá hacer daño dentro de él.

—Primero, lo asesinaremos. —respondió Harley, alzando la pala como si fuese una espada. Tony parpadeó sorprendido. Al parecer, Steve tuvo varias charlas con ellos. Negando, Stark acarició a Harley. Tenía seis años, pero parecía de más. —Nuestros hermanos y tú estarán a salvo con nosotros.

—Por supuesto que lo estaremos. —le dio un beso en la mejilla a cada uno. —Mis hijos son unos valerosos alfas que protegen a su manada.

— ¡Lo somos! —gritaron al unísono para volver a concentrarse en la construcción de su castillo. Tenían la misma concentración que él y la semblanza de peligro de Rogers. Nadie podría confundirlos. Sus dos hijos eran igual de intimidantes que ellos.

Sin mencionar que eran alfas.

Para “fortuna” suya lo eran.

En su casa, tenía a dos pequeños alfas que lo cuidaban de todo. Absolutamente, todo. Eran tan protectores y celosos que antes de recibir una visita, debían pasar primero con sus hijos. Nadie se salvaba de su inspección. ¡Nadie! Ni siquiera su propio padre. Es más, Rogers era con quien más se ponían celosos. Ambos sabían que cada vez que su padre llegaba se robaba la atención del castaño. Por lo que trataban de separarlos. Pero, no lo conseguían. Steve se las ingeniaba para llegar a un acuerdo con ellos y compartir a Tony sin problemas. Ahora, lo hacían.

O, supuestamente lo hacían.

— ¡Alto ahí, intruso! —gritó Peter, tratando de ponerse de pie rápidamente al igual que Harley. —Un paso más y sufrirás nuestro coraje.

Tony no tuvo la necesidad de voltear, pues el aroma fuerte de Steve le llegó. Iba a ser divertido ver la disputa de sus pequeños alfas contra su verdadero alfa.

Conteniendo la risa, se giró un poco para contemplar a sus hijos apuntarle a Steve con las palas, mientras que Rogers se dedicaba a alzar las manos en son de paz.

— ¡Calma! Solo vine por mi omega.

—Tu omega es nuestro papá. —respondió Harley. —Paternidad gana al enlace.

— ¿Así? Pues, también soy su padre, niños. —ambos se miraron y alzaron los hombros despreocupados. —Hijos, hicimos un acuerdo. ¿Lo recuerdan?

—Rompeamos el acuerdo.

—Tramposos. —Steve miró a Stark mordéndose de la risa. Quería reírse. Era evidente. — ¡Tony, ayúdame!

— ¡Ni me mires! Negocia con ellos.

— ¡Bien! Les ofrezco clases de combate privadas con su madrina Romanoff y un paseo con su tío Bucky. —los dos se quedaron callados y pensativos. —También, contarles todas mis misiones y construirles laboratorios como los de su papá.

—Si nos das eso, solo tendrás dos horas con nuestro papá. ¿Aceptas, padre? —Steve asintió al instante. — ¿Qué dices, hermano?

Peter y Harley se enfrascaron en una intensa conversación, dejando de lado todo. Acto que Steve aprovechó para rodearlos y acercarse a Tony. Con cuidado, lo cargó y se lanzó a correr, mientras Tony reía y llamaba a sus hijos.

— ¡Padre, no! —volvió a gritar Peter. — ¡Pops, detente!

— ¡Pops! ¡Papá Tony! ¡Pops, es la guerra!

Al ver a sus hijos seguirlo, Steve aumentó la velocidad ligeramente, pues sabía que sus cachorros le atraparían y harían cosquillas hasta llorar como venganza.

— ¿Qué haces, Steve?

—Me robo a mi omega.

—Le robas su papá favorito a tus hijos.

—Rompieron el acuerdo. —Tony ríó más fuerte. —No me dejaron alternativa.

— ¿Quién lo diría? El temible Capitán Hydra huyendo de sus dos pequeños hijos por no tener otra opción.

—Lo disfrutas, ¿no? —Stark solo le guiñó. —Cuando ellos se vayan a dormir, seré yo quien disfrute.

— ¿Así? ¿Por qué?

—Porque tomaré a mi omega embarazado sin descanso.

— ¿Es una promesa?

—Lo es.

— ¡Que caiga la noche ya! Pero, primero sobrevive al ataque de nuestros cachorros.

Peter y Harley se colocaron al frente del par. Steve tragó saliva y bajó con cuidado a Tony.

—Trataré.

—Últimas palabras, señor padre.

—Los amo a los tres.

EL ROLLITO PATRIÓTICO